

cuando van hundiéndose las casas, y al anochecer todo el pueblo estaba destruido, pero completamente evacuado. Los vecinos de los pueblos inmediatos dieron hospitalidad á los emigrantes y no hubo ninguna pérdida personal que deplorar.

Gilberto Bellard.

Gilberto Bellard es uno de esos soldados viejos que han adquirido bajo las banderas las nobles inspiraciones que poseen. La villa de Artonne, departamento de Puy-de-Dome, le eligió como guarda campestre despues del licenciamiento de 1815, y desde entónces parecia que Gilberto no vivia sino para ser útil á sus conciudadanos.

Una terrible tormenta sorprende el 25 de julio á los labradores de Artonne y de Saint-Myon en el momento de hallarse ocupados en los trabajos de la cosecha; una enorme manga de agua cae súbitamente y les corta la retirada; la lluvia, el granizo, impelidos por el viento, hacen salir de su cáuce al rio Morge. Los dueños de las fábricas establecidas en las orillas de este rio parecen ser los mas amenazados, y allí se presenta Gilberto.

Sin embargo, no tarda en dejarlos, pues otro peligro mas grave reclama su ayuda. Todos los habitantes de las cercanías acuden, pero quedan embargados de espanto. En un pequeño espacio que infaliblemente van á cubrir las aguas se encuentran cinco desgraciados que se han refugiado allí y esperan la muerte que parece no puede evitar ningun socorro humano, pues gruesos troncos de árboles arrastrados por las aguas, chocan unos con otros, se amontonan é impiden el acceso al nadador mas avezado. Los angustiados gritos de los cinco desgraciados, las desgarradoras súplicas de las familias aumentan la consternacion general. El atribulado párroco del pueblo ruega y llora bendiciéndolos.

En esto llega Gilberto, ve y comprende todo. Dirigiéndose entónces á sus conciudadanos, les dice así: « Sé á lo

que me expongo; si perezco, os lego mi mujer y mis cuatro hijos. »

En seguida se echa al agua y comienza una lucha terrible, pues tiene que salvar aquellos infortunados uno por uno, y así no ha puesto el pié en la orilla, respirando apenas con el peso del que ha salvado, cuando vuelve á buscar otro, renovando con todos la misma intrepidez inspirada por su heroismo.

Sin duda alguna los gritos de la poblacion entera y las lágrimas de agradecimiento de las madres y de los hijos, le sostuvieron durante las seis horas de terribles peligros que venció, pues todos quedaron en salvo y en el seno de sus familias.

Paillette.

Despues de veintitres años de ausencia volvió Paillette á su hogar, y hubiera podido decirse que habia sido colocado como un poder conservador al lado del estanque de la Villette¹, teatro de actos numerosos de su intrépido desinterés. Era un nadador muy diestro, y en cuanto sabia que uno de sus semejantes corria peligro, volaba á su socorro. Ya eran mujeres imprudentes, ya otras desesperadas, hombres desgraciados y sin recursos los que libraba del agua en donde iban á perecer, fuera por casualidad ó por voluntad propia. Estos rasgos que le eran tan familiares, los habia demostrado desde su infancia. Un dia salvó tres personas, y una de ellas, en lugar de dar las gracias á su libertador, le pagó injuriándole. En la Villette habia sido arrojado al agua un carretero por unos ladrones despues de haberle robado, y advertido Paillette le sacó sano y salvo á la orilla. Una mujer que habia tenido una violenta contienda con su marido, se arroja al agua; pero Paillette, que la habia seguido, la coge en el momento de desaparecer y la devuelve la vida, la razon y su esposo. Dos plo-

1. Pueblo que fué reunido con Paris en 1860; los canales de Saint-Martin, y Saint-Denis empiezan en

este hermoso estanque ó depósito de agua formado por el canal del Oureq.

meros embriagados equivocan su camino y caen por la noche en el hielo que se rompe, se abre, los cubre en un instante, y sin el socorro de Paillette hubieran perecido. Un infortunado, impulsado por la miseria, fué á buscar en el fondo del agua el alivio de sus males; pero Paillette le arranca á la muerte, le da asilo, de comer y dos francos, insignificante cantidad para un rico, pero preciosa para un pobre. De este modo salvó Paillette en el espacio de algunos años mas de sesenta personas arriesgando su vida continuamente.

Siempre está pronto, de día y de noche, en verano y en invierno, y por decirlo así, se convierte en esclavo de su virtud; su vida está á disposicion de todo el que se halle en peligro. A menudo van á despertarle á cualquier hora de la noche transportando asfixiados ó heridos á su casa, convertida en hospital. No contento con exponer sus dias por salvar los de sus semejantes, acoge bajo su techo á los infelices que ha robado á la muerte, los vela, los alimenta y parte con ellos sus escasos posibles, conduce á los buenos sentimientos á los que el exceso de su miseria ó los errores de las pasiones habian arrastrado al suicidio, y no los deja de la mano hasta estar bien persuadido que no reincidirán. Hace mas que garantizarlos contra el peligro presente: protege su porvenir contra sus malas ideas, y es un salvador y un apóstol á la vez.

Naxi.

Hay en Lorena una ciudad poco conocida en medio de unas llanuras bajas y pantanosas á algunas leguas de Nancy. Cruza por la poblacion un rio que generalmente lleva poca agua en el verano, y por algunos sitios es vadeable, por lo que las gentes se han acostumbrado á no creer en el peligro; pero á la menor lluvia de tempestad crece mucho de repente, y hay varios sitios en él muy temibles y que se conocen en el pais por numerosas desgracias ocurridas en ellos.

En esta ciudad llamada Vic¹, y á orillas del Seille² habita un hombre que parece haber sido enviado allí expresamente por la Providencia para correr á auxiliar á todos los que invocan su ayuda en los accidentes que ocasionan las crecidas. José Naxi, siempre pronto cuando se le necesita, es tanto mas digno de admiracion, cuanto no es un batelero, ni un marinero, sino un licenciado del ejército que ahora es sombrerero.

La tarea de salvar á los que de repente se encuentran arrastrados por las aguas ha venido á ser en él una costumbre, casi una vocacion, de suerte que se le considera hoy en esa tierra como el guardian del rio. A cualquier desgracia que ocurre, la primera idea es ir á llamar á José Naxi, ó bien dicen: « ¡Ah si estuviera aquí José! » Y José está allí siempre. En cuanto se le llama, deja su trabajo, su tienda, su mesa ó su lecho, en invierno ó en verano, á todas horas y cualquiera que sea el tiempo.

Multitud de personas le deben la vida. Ora es un viñador que estaba pescando á orillas del Seille y se ve arrastrado por las aguas, ó bien un guarnicionero que cae al rio y está próximo á perecer; un soldado que se ahoga con su caballo; obreros que zozobran con su barco; dos escolares que bañándose en una corriente rápida, desaparecen, y él devuelve á su familia; otra vez salva á un pobre demente, á una mujer de avanzada edad, á una niña de tres años.

Una niña habia caido en el rio desde un puente; dos habitantes de Vic, testigos de su caída, se echaron al agua, pero, malos nadadores, no pudieron alcanzarla. El rio, muy crecido entónces, la habia llevado ya léjos; la niña flotaba aun sobre el agua, pero iba hácia un sitio muy peligroso, y ya se veia el agua formando remolino al derredor de ella, y próxima á desaparecer. Llamaron á José que acababa de comer y estaba enfermo; el frio del agua podia serle mortal, pero á pesar de las súplicas de su mujer que se pone

1. Cabecera de distrito en el departamento de la Meurthe.

2. Este rio desemboca en el Mosela, en Metz.

por delante, la responde diciendo: « Quiero salvar esa niña, » y consigue devolverla á su padre.

Un dia sobre todos consiguió un verdadero triunfo su valeroso y perseverante amor á la humanidad.

Engrosado el Seille por largas lluvias, habia salido de madre por sus dos márgenes, invadió las calles de la ciudad y subió á mas de un metro en las habitaciones. Muchos eran los que gritaban pidiendo auxilio, pero José les oia á todos. Siguiendo sus impulsos, desempeña su oficio acostumbrado, y familias enteras, maridos y mujeres, ancianos y niños le debieron su seguridad, su salvacion. ¡Con infatigable constancia, en el mes de noviembre, permaneció en el agua desde las seis de la mañana hasta por la noche, es decir, once horas enteras sin descansar! Aquel dia salvó del agua diez y nueve personas.

Si viviéramos en la época y en el pais¹ donde por cada ciudadano salvado se daba una corona de encina, José tendría hoy treinta y dos coronas con que ornar su casa.

Boisdoux.

Mateo Boisdoux, habitante de Montereau², es un hombre honrado, arreglado, sóbrio, laborioso, que trabaja dia y noche para cuidar de su madre y criar sus hijos. Su único defecto es prodigar una existencia tan necesaria á todos los suyos, por atender al bien de sus semejantes. Apénas ve un incendio á lo léjos, acude en seguida, y se le ve en todos los sitios mas peligrosos, y donde es necesario ser útil á sus semejantes. Si en el Sena ó en el Yona ocurre algun caso desgraciado, si un hombre ó un niño necesitan auxilio, por léjos que esté Boisdoux de ellos, no deja de oír su voz, y salvará al hombre y al niño. Ya no pueden contarse los incendios donde ha dado pruebas de valor, ni las víctimas que ha arrancado á los dos rios de su ciudad. Un dia cubria el rio desbordado la llanura

1. En Roma.

2. Ciudad del departamento de

Sena y Marne, confluyente del Sena y del Yona.

á gran distancia, y algunos barrios estaban inundados. Refugiados los habitantes en los pisos altos, comunicaban entre sí por medio de lanchas. Tres de ellos que iban á ver los desastres de la inundacion, entran en una barca, la empujan con el pié y se van rio adentro, sin echar de ver que no tenían remos ni vichero, hasta que ya es tarde. Van á merced de la corriente; ante ellos se ve un puente, cuyos arcos, cubiertos casi todos, están ocultos bajo el agua, é indudablemente van á estrellarse allí. Gritan pidiendo socorro; Boisdoux les oye, pero, ¿qué puede hacer? ¿Irá á buscar su barco? De ningun modo; el tiempo es precioso y el apuro es inminente. Se precipita al agua y despues hará lo que pueda. Hé aquí lo que hizo.

El barco seguia su marcha y ya estaba léjos; él le veia correr y llegar cerca del puente. ¡Qué angustia sentia Boisdoux en su pecho! En fin, tal es el miedo que le causa la suerte de aquellos hombres que van á perecer, tales esfuerzos hace que consigue alcanzar el barco. ¿De qué serviria este barco á otro qualquiera que no fuera Boisdoux, arrastrado por las olas, cerca del puente que casi se está tocando, sin remos ni palo de virar? ¿Qué podrá hacer mas que aquellos tres hombres que nada han podido por sí mismos? Sí; posee en mayor grado que ellos el valor inteligente, el valor del sacrificio. Parece que hay en él una luz y fuerza sobrenatural. Boisdoux mantiene extendido su brazo contra el barco para detenerle, y coge la cuerda que cuelga; pero, como necesita los dos brazos para luchar contra las terribles oleadas del agua, coge entre sus dientes la cuerda que debe salvarlos; y con la ayuda de Dios los salva, en efecto, á fuerza de valor y de fatiga; llega á la orilla rendido, pero contento, pues le deben la vida tres hombres.

El 7 de noviembre de 1843 bajaba la almadía¹ de Auxerre con direccion á Paris. La corriente era rápida; la

1. Barco grande del que una parte forma una cámara bajo el puente. Su primitivo nombre fué el de *coche*, con

el que aun se conoce igualmente hoy en Francia.

embarcacion va derecha al puente, pero yerra el arco, y se oye un grito inmenso; el barco estaba destrozado bajo el agua. Boisdoux todo lo habia visto y oido. La almadría llevaba veinte y tres pasajeros que se hallaban casi todos en el gran salon. El barco está hundido todo excepto la popa que se ve aun á flor de agua, á donde llega Boisdoux y se encarama sobre lo que queda de puente¹. Y como inquiriese los medios que habria para salvar á los que se estaban ahogando, le responde un hombre que estaba agarrado al barco, con el agua hasta la cintura, que están perdidos sin remedio. «¿Quién puede pensar en salvarlos? — Yo, dijo Boisdoux, puesto que para eso he venido.» Busca las salidas; solo la mitad de una de las ventanas del barco, llamadas portas, está fuera del agua y es muy estrecha para que pueda pasar, pero no hay otro medio, y por tanto pasará. Sus esfuerzos fueron inauditos para forzar la puerta y zambullirse en el abismo donde luchaban contra la muerte los desgraciados que en él se hallaban, y forcejeó con el mismo afán por entrar que otros hubiesen hecho para salir. Por fin consigue su objeto, entra, coge una de las víctimas, una jóven, la lleva á la ventana, la hace pasar, respira y vuelve á engolfarse en el agua; trae un jóven, vivo todavía, despues una muchacha, luego otra que ha perecido. Entretanto el tiempo corre en esta lucha heroica, y la muerte va mas de prisa que Boisdoux. Continúa á pesar de todo, pero en balde, no habia mas sér vivo que él, y tiene que contentarse con las tres vidas que ha salvado, las dos muchachas y el jóven que han vuelto á ver, gracias á él, la luz del dia.

Por fin se decide á salir del agua, de las tiniéblas, de aquel sepulcro tan lleno; estaba anquilado de cansancio, y fué preciso darle auxilio para sacarle con trabajo por aquella ventana, por donde habia pasado él solo cuando se trataba de sus semejantes, faltándole las fuerzas cuando no tenia que salvar sino su persona.

¹ Llámase puente al piso del barco.

Bousard.

[1777.]

Eran las nueve de una noche tempestuosa, cuando un buque con cargamento de sal, tripulado por ocho marineros, y llevando á bordo dos pasajeros, se aproximó al muelle



Casa de Bousard.

lle¹ de Diepa. Era tal la fuerza del viento y el mar estaba tan alborotado, que un práctico llamado Bousard, intentó inútilmente salir por cuatro veces para dirigir la embarcacion á la entrada del puerto. En esto echó de ver Bousard que el capitan del barco ejecutaba una maniobra falsa, y trató de advertirle con señales y con su bocina; pero la oscuridad, el silbido del viento, el ruido de las olas y la

¹ Llámase muelle á un dique de piedras de sillería que entra en el mar.

agitacion del mar impidieron que el capitan le viera y oyera, viniendo á parar el barco sobre la escollera, encallando á sesenta metros del muelle.

Al oír Bousard los gritos de los infelices que iban á perder, sin hacer caso de las amonestaciones que le hacian ni á la aparente imposibilidad de salvarlos, resuelve ir en su socorro. Hace alejar á su mujer y á sus hijos que querian detenerle; y en seguida, atándose por la cintura con una cuerda sujeta por la punta en el muelle, se arroja en medio de las olas. Solo los marinos pueden formarse una idea del peligro que corria. Despues de esfuerzos increíbles, llega Bousard hasta el casco de la embarcacion que el furor del mar iba haciendo pedazos, pero una ola le aranca y le arroja á la orilla, y así fué por veinte veces rechazado por las olas y llevándole éstas con violencia sobre la escollera. No por eso se desánima; se arroja de nuevo al mar, y una fuerte ola le lleva debajo del buque. Todos le creian ya perdido, cuando reaparece llevando en sus brazos un marinero que habia caido al mar, hasta que le deja en tierra sin movimiento y casi exánime. Por fin, despues de algunas horas de tentativas infructuosas, rodeado de restos del buque que aumentan el peligro, y cubierto de heridas, consigue subir á bordo y ata allí su cuerda sólidamente. Bousard alienta los ánimos y dice á los marineros lo que tienen que hacer; los hace tocar aquella cuerda que debe ser su salvacion y les indica el camino que han de seguir en medio de las tinieblas y de las olas enfurecidas; él mismo los conduce, y cuando les faltan las fuerzas va nadando en derredor suyo como un ángel tutelar, luchando con las enhiestas olas que piden con terribles mugidos sus víctimas, de las que él deposita siete en la orilla.

Agotadas sus fuerzas con su triunfo, sube Bousard al muelle con mucho trabajo, y cae por tierra en un estado espantoso de postracion por algunos momentos. Se le dió el socorro que necesitaba, arrojando agua de mar por la boca, y ya volvía á recobrar el ánimo cuando otros gritos

llegan á su oído. La voz de la humanidad le devuelve su primitivo vigor, corre al mar, se precipita en él otra vez y es bastante dichoso para salvar uno de los dos pasajeros que habian quedado en la embarcacion, y cuya debilidad habia impedido seguir á los demas náufragos. De los diez hombres que llevaba el buque solo dos perecieron; sus cuerpos se encontraron al dia siguiente sobre los guijarros.

La piedad filial era el origen de la asombrosa intrepidez que demostró Bousard en esta ocasion; su padre habia perecido ahogado en el mar sin que se le pudiera socorrer, y desde entónces habia hecho voto Bousard de salvar los náufragos que pudiera con riesgo de su propia vida.

Herseho.

En la noche del 21 al 22 de octubre de 1820 estalló una terrible tempestad; soplaban con furor los vientos del sudoeste azotando la costa, y arrastraban sobre el acantilado de Quiberon¹, masas enormes de agua que se sucedian sin interrupcion, yendo á estrellarse en tierra con espantoso ruido aumentado con el de los torrentes de lluvia mezclados con torbellinos de arena; toda aquella costa brava de Quiberon, llamada con suma justicia la *Costa salvaje*, presentaba en aquel momento la imágen de la desolacion.

A eso de medio dia se hallaba en los arrecifes² el bergantin *San Francisco*, y la marea y el huracan le llevaban hácia una cadena de rocas donde iba á hacerse pedazos sin remedio, cuando una ola enorme le lanzó mas allá de aquel sitio, arrojándole á la costa á un cuarto de legua de la playa. Al ver el patron del barco el riesgo que le amenaza, echa su lancha al mar con el objeto de llegar á la playa aprovechando la marea. Habia á bordo como pasajeros una señora, su hija, de edad de seis años, y un

1. Departamento de Morbihan (Francia).

2. Escollos á flor de agua.

niño de trece, y los tres iban con direccion á Nántes. Encerrada esta señora en su camarote, estrechaba á su niña en sus brazos, esperando que la muerte viniera á terminar su agonía, cuando notó que los marineros se disponian á abandonar la embarcacion. Sale de su camarote con bastante trabajo y ve que el patron habia ya embarcado en la lancha todos sus efectos, su equipaje y el jóven pasajero. Se lanza al puente implorando su generosidad y le ruega que por lo ménos salve á su niña. « No hay sitio en la lancha, contesta con sequedad; encomendad vuestra alma á Dios vos y vuestra niña, porque estais perdidas. » El indigno marino, sordo á los ruegos de la infortunada madre, se aleja y la abandona.

El comandante del puerto de Quiberon, los oficiales del puerto, la guarnicion y los marineros y pescadores se hallaban en el acantilado desde el principio del naufragio; cuando vieron alejarse la chalupa del *San Francisco* abandonando su patron á aquella infortunada y á su hija, se oyó por todas partes un grito de indignacion; percibíase á la pobre madre agarrada á los obenques¹ con su hija en brazos, implorando con lastimeros gritos la misericordia y el socorro de los que asistian á aquella desgarradora escena.

Entónces el intrépido Herserho, uno de los marineros que se hallaban en el acantilado, sin escuchar mas que su valor, se arroja al mar, y despues de escapar de infinitos peligros, llega al buque y dice á la madre: « Dadme al punto vuestra niña; y si tengo la suerte de salvarla vendré á buscaros pronto. » Consigue llegar á tierra, donde deja la niña, vuelve otra vez á las olas, llega á la embarcacion, que submergiéndose á cada oleada, amenazaba zozobrar completamente; á pesar de todos los obstáculos que le oponia la posicion inclinada del barco y la tempestad, entónces en el mayor grado de furia, tiene la fortuna el

1. Los obenques son gruesos cabos de cuerdas en forma de escala, desde la cabeza de los palos hasta el costado

de los buques para sostener los palos contra el movimiento de la marea.

valeroso marinero de alcanzar á la desgraciada madre y llevarla hasta la playa, reuniéndola con su hija en medio de la aclamacion general.

ACCIDENTES VARIOS.

Incendio en Nancy.

Un terrible incendio ocurrido en 1766 redujo á cenizas varias casas de Nancy. El elemento destructor era tanto mas rápido y espantoso cuanto hallaba fácil pábulo en



Incendio.

casas miserables construidas casi enteramente de madera. Un viento fuerte apresuraba los progresos del incendio; las llamas salian por los tejados, todas las vigas estaban abrasadas, varias paredes maestras se habian venido abajo anunciando el hundimiento próximo y general. Las bombas eran inútiles á pesar de su actividad y nadie se atrevia ya á acercarse á aquellas paredes prontas á derrumbarse. Una mujer llamaba la atencion de todos en medio de los lamentos de la multitud á causa del carácter sagrado de su dolor: era una madre que derramando copioso llanto veia avanzar los torbellinos de fuego hácia una habitacion del cuarto piso, donde, engañada su ternura por el espanto y el tumulto, habia dejado dos niños en sus cunas.